

que designó para ama de leche del infante á una señora principal Zacaquimiltzin de la casa de los señores de Tepepolco, para ayo á Tlatocatlatzacuilotzin señor de Acolman yerno del rey Tetzotzomoc; y señaló para gastos de la crianza y casa del príncipe, las rentas que producian doce ciudades.

Siete años después de sofocada la rebelion de los hijos de Quinantzin, murió este emperador en el año de 1357 estando, con excepcion de los últimos siete años, con las armas en la mano. «Príncipe igualmente, dice Veytia, grande en la paz que en la guerra, en la prosperidad que en la desgracia, mostrando en una y otra igualdad de ánimo, una generosidad suma y una incomparable clemencia. Tan pronto y bizarro para castigar á sus enemigos soberbios, como humano y benigno para perdonar á los humildes. Liberal, afable, modesto y finalmente adornado de todas aquellas prendas y virtudes morales que hacen recomendables á los soberanos.»

La muerte de este emperador, fué muy sentida por los vasallos que le fueron fieles: se aseguró que asistieron á sus exequias, sesenta señores feudales, que se llamaban *regulos* y otros muchos príncipes y señores de los principales. Su cadáver fué abierto y sacándole las entrañas, lo prepararon con algunas sustancias que por algun tiempo lo preservaran de la corrupcion: así estuvo espuesto por cuarenta dias, vestido con las insignias reales, armado con su arco y flechas, poniéndole á los piés una aguilta formada de madera y detras un tigre, para significar su intrepidez y valor. Después de los cuarenta dias en que los vasallos rindieron el homenaje de su dolor, quemaron el cadáver segun un anónimo citado por Veytia y Clavigero, depositando sus cenizas en una urna de esmeralda cubierta con una lámina de oro. Los restos fueron sepultados en una caberna de un monte in-

mediato á Tezcoco, aunque otros dicen, que en un templo fabricado por él mismo en el bosque de Tecutzinco.

En este mismo año y pocos meses antes de la muerte de Quinantzin, murió tambien el rey Acotmiztli de Coauhtlan, sucediéndole en el reino su hijo segundo Motezuhzuma, por haber exheredado al primogénito Coxcox. (1)

CAPITULO XVIII.

Acamapichtzin, primer rey de México. Coronacion de Techotlalatzin. Consejos creados en Tezcoco. Ruina de Xaltocan.

En el mismo año de 1357 murió Tenuchtzin gefe de los mexicanos, quien gobernó sabiamente la nacion y á pesar de la miseria en que se hallaban, supo aumentar el esplendor de su ciudad y atendió cuanto pudo á la comodidad de sus súbditos: no tuvo el nombre de rey, pero realmente lo fué segun la autoridad de que disfrutó y á su muerte fué sentido extraordinariamente. En esta vez hicieron nueva tentativa los tlamacazquis para apoderarse del gobierno; pero ya los mexicanos habian probado las ventajas del gobierno de un solo gefe justo y prudente, que á la vez de defenderlos de todas las naciones que los veian con desagrado, procurara tambien el adelanto y progreso de su pueblo. Superando este partido al de los tlamacazquis, se hizo eleccion de rey, que recayó en Acamapichtzin, por ser hijo de Huitzilihuitl el primer rey que habian tenido los mexicanos

(1) Torquemada lib. 2º cap. 6. Veytia, tom. 2º cap. 18, 19 y 20. Clavigero tom. 1º página 94 y 95.

cuando vivian en el cerro de Chapoltepec. Este se hallaba actualmente en el trono de Culhuacan por muerte de Xiuhtemoc que murió sin suceison, quedando solo de aquella casa la princesa Atotoztlí su esposa. Al poco tiempo de ser nombrado rey de México, le pareció mas agradable esta ciudad que habia progresado durante el gobierno de Tenuchtzin y trasladó á ella su corte abandonando la de Culhuacan.

El reino de Culhuacan era feudatario del imperio, y el de México lo era del rey de Azcapozalco, que concedió el islote en que se fundó la ciudad, con un tributo de peces que debia pagarse anualmente. Esta circunstancia de nombrar entre ellos un rey sin haberlo pedido al rey Tetzotzomoc como lo habian hecho los tlaltelolques pidiéndolo á su padre Acolhua, dió lugar á que estos desahogaran su antiguo resentimiento contra los mexicanos, previniendo á Tetzotzomoc en su contra. Este monarca ambicioso, aguijonado por la adulacion de los tlaltelolques quiso abatir á los mexicanos en el orgullo que les suponía por el nombramiento de su rey y pensó aumentarles los tributos: disimulando malamente su mal proceder, hizo que un consejo de los señores de su reino, aprobase la medida que trataba de adoptar.

Aumentó al duplo el tributo que tenian impuesto en peces y pájaros acuáticos, señalándoles ademas algunos millares de sauces y abetos que debian plantar en los jardines y caminos de Azcapozalco y un huerto flotante ó chinampa, donde estuvieron nacidas todas las plantas de uso comun, hasta entonces conocidas en el valle del Anahuac. Llenos de pena los mexicanos temiendo que su suerte empeorase cada dia, se empeñaron en pagar el tributo tal como se los habian exigido: y como habia un fuego de odio y de rencor en Tetzotzomoc, atizado por los tlaltelolques para devorar á sus vecinos que veían con envidia y temor, al siguiente año se le puso al tri-

buto una circunstancia que se creyó imposible de ejecutar, cual era la de llevar otro huerto y en él una anade y una garza, ambas empollando los huevos, de modo, que al llegar al lugar donde se pagaba el tributo empezaran á salir los pollos. Clavigero dice. «Obedecieron los mexicanos, y con tanto acierto tomaron sus medidas, que el insensato rey tuvo el gusto de ver salir los pollos de los cascarones.» Poniendo siempre á prueba la exactitud de los mexicanos y buscando un motivo de ruina para ellos, se les asignó para el siguiente año, un venado vivo en el huerto: para el cumplimiento de esto la dificultad no estaba en tomar vivo el animal, porque como muy diestros en la caza y avezados en las carreras y fatigas por los cerros, no les costaria gran dificultad; pero para ello, era necesario salir á tierra firme, en los montes donde probablemente encontraban sus enemigos; á pesar de esto, se cumplió tambien con el pago del impuesto esuetamente.

Este era el estado de opresion que guardaba entonces aquella naciente monarquía; el rey Acamapichtzin tenia la pena de ver doblegada la cerviz de su pueblo á un tan duro vasallage; pero no se desalentaba y por cuantos medios le era posible, buscaba el esplendor de su ciudad, y el adelanto en su industria y fuentes de riqueza, salvando los mayores obstáculos como luego veremos: por ahora volvamos á tomar el hilo del reino de Acolhuacan; pendiente en la muerte de Quinantzin.

Habiendo concurrido á las exequias del emperador los principales señores y príncipes, entre los que figuraba el primero, Tetzotzomoc como rey de Azcapozalco, señor de la nacion tecpacneca y primer príncipe del imperio: seguía despues en dignidad, Paintzin rey de Xaltocan y señor de los otomites; luego los reyes de México, Culhuacan, Coatlichan y Tlaltelolco: los señores de Huexotzinco y Tlaxcallan: Chichimecatelpayatzin, gran

sacerdote de Chollolan: diez y nueve señores de los que se llamaban régulos, los cuales tenían tanto ó mas poderío como los demás reyes tributarios; y otros muchos señores menos principales.

Todos, después de hacer los últimos honores al emperador Quinantzin y depositar sus restos en el sepulcro, concurren también á celebrar la coronación del príncipe Techotlalatzin, que fué con gran pompa y solemnidad. Todo el territorio estaba en paz, de manera, que de todas partes concurren á la ceremonia las personas mas notables; y los que no pudieron asistir por la distancia tan grande á que se hallaban, como los señores de Quauhtemalan, Tecoantepec, Centizomoc, Xalisco, y otros aun mas retirados, mandaron sus embajadores para felicitar al nuevo monarca, reconocer su autoridad y protestarle su obediencia. En esta ocasión, según el P. Torquemada, tubo lugar entre las fiestas, una lucha de algunos soldados tezcucanos, con varias fieras que se llevaron á la corte con este objeto. (1)

Este príncipe no desmintió la extraordinaria magnificencia de su exaltación al trono, porque fué verdaderamente un hombre de progreso que hizo adelantar mucho á su corte en el terreno de la civilización: llevado de su deseo por el beneficio de todos los pueblos y vasallos, quiso luego disponer lo mas acertado y conveniente, para el buen gobierno y policía de la nación, el desarrollo de la agricultura, el adelanto de todas las artes y ciencias, procurando sobre todo con singular esmero, la exactitud en la disciplina militar y la administración de justicia en todos sus estados. Para dar estas determinaciones, no quiso fiarse de su propio juicio, sino que reunió en un gran consejo á toda la nobleza de su reino, los señores principales y todos aquellos hombres que por su

Monarqu. ind. lid. 2, cap. 7.

inteligencia y sano juicio, pudieron cooperar á la gran reforma intentada por él: en esta reunión, no buscaba panegiristas aduladores, que solo le presentaran sus acciones como buenas, entre una nube de humo, sino hombres íntegros que comunicándose mutuamente sus observaciones, los conocimientos que estaban ya basados en la experiencia y el juicio que formarían de todo, concurren con él para la obra que se habia propuesto, derramando en sus súbditos la felicidad y el bienestar.

Como resultado de aquellas cortes, se formó un consejo que residiera en la corte, compuesto de un gran número de ministros, ancianos de sano juicio, reconocido talento y experiencia, del cual era presidente el mismo emperador; y tenia por objeto consultar en cuantos negocios graves y de mayor importancia ocurrieran en la corte. Los miembros de este consejo, debían ser de Tezcoco, ó cuando menos de los mismos estados imperiales.

Fue creado otro consejo y compuesto de los generales y capitanes mas famosos por su valor é inteligencia, para que entendiera en la formación del ejército, su disciplina, provision de armas ofensivas y defensivas, y en todo lo que tuviera relacion con el ramo de guerra, nombrando para presidente de este cuerpo á Tetlahon, un pariente suyo.

Para lo relativo á la real hacienda, se nombró un consejo de los hombres, que á su talento y honradez, reunieran el conocimiento bastante acerca de la ciudad y circunstancias de las tierras, de cuales y cuantos frutos producian; para ordenar con esta base, el modo con que todos debían contribuir á formar el real tesoro, sin agravio ni molestia en la exacción, como también para procurar la mas justa y económica distribución. Un señor llamado Tlami, fué nombrado presidente de este consejo, con el título de *mayordomo mayor del reino*.

Se formó tambien un consejo de embajadores, de cuyo cuerpo fué presidente un señor llamado *Yolqui*, con el título de embajador mayor, y tenia por fin este consejo, arreglar lo relativo á embajadas, así las que se mandaran á otras provincias, como las que se recibieran de ellas. Solo los miembros de otros cuerpos podian ser embajadores y nunca debian faltar en los súbditos del reino de Culhuacan, por ser los toltecas los hombres mas instruidos, principalmente en la pureza del idioma nahuatl, que era el primero de todos aquellos pueblos: estos señores toltecas, debian cuidar de componer y ordenar con elocuencia, las arengas que tenian lugar en los actos oficiales, así como, de que los embajadores se recibieran y hospedaran con la decencia necesaria y se condujeran á la presencia del emperador con las ceremonias establecidas.

Tambien arregló en una especie de consejo de criados, el servicio interior de su palacio y todo lo relativo á su persona, principalmente cuando hubiera que presentarse en público, para lo cual nombró un camarero mayor. Pero como su fin principal era garantizar en lo posible la tranquilidad de sus vasallos, nombró ministros de la justicia en todas las ciudades y pueblos principales, así de sus estados como de los feudales, para que reprimieran á los delincuentes y terminaran las querellas entre los particulares, debiendo vigilar muy cuidadosamente sobre la observancia de todas las leyes y castigar á los infractores.

Esta inflexibilidad para aplicar el castigo sin distincion de personas, ni por su calidad, ni por dignidad, lo hizo muy respetable entre sus súbditos: creia que si los señores estaban mucho tiempo en sus estados, entregados á una vida muelle y llena de placeres que les proporcionaba su elevada pasion, sería perjudicial para la moral pública, y por eso procuraba sacarlos con frecuencia, ya

para que fueran á la corte á desempeñar los cargos principales, ya á los demas pueblos á cobrar los tributos y rentas del real erario, ó á sujetar con las armas en los señoríos mas distantes, algunos conatos de insubordinacion. A mas, como él habia sido muy instruido desde su niñez en la lengua nahuatl, por una señora tolteca llamada *Papalxochitl*, estaba convencido de su fecundidad y demas ventajas sobre las otras, que no eran sino derivaciones suyas mas ó menos imperfectas; y así mandó, que los sujetos mejor instruidos de los culhuas toltecas, espensados por la real hacienda, enseñasen y difundiesen este idioma, que debia ser el único que se usara en los tribunales y en todos los actos públicos. De esta manera fué inaugurado el gobierno de este príncipe gentil en los tiempos de la oscuridad y la barbarie. ¡Cuán felices seriamos, si hoy en el siglo de la civilizacion, cuidaran todos los gobiernos, de garantizar así los intereses físicos como morales de sus súbditos!

En materia de religion, todos los pueblos habian caido en la idolatría, siendo los toltecas los primeros que habian inventado falsas divinidades para rendir el homenaje á sus cultos: y todos, pero principalmente los mexicanos, eran muy amantes de las oblacones de flores y frutos, así como de los sacrificios de animales y aun de sangre humana como ya hemos visto. Solo la corte de Tezcoco se habia abstenido de esta falsa adoracion; y no reconociendo mas Divinidad que *El Tloque Nahuaque*, se abstenian en ella de todo culto esterior. Los señores principales de la corte, fácilmente se dejaban llevar del aparato de los templos, de la magnificencia del culto: hallaban algo seductor en las seremonias y sacrificios, por lo cual aconsejaban adoptar aquel culto, con todo el esplendor y grandeza como debia haberse puesto en una corte opulenta que llegaba al apogeo de sus glorias; pero el emperador, firme en los principios de sus mayores, jamas con-

sintió en estos cultos falsos y ridículos, ni reconoció como divinidades aquellos simulacros inanimados; no reconociendo otro Dios, que al Creador de todas las cosas, adorándolo solo en espíritu. Decía, que habiendo dado el ser á todas las cosas, no podía serle agradable la destruccion que se hacia en los sacrificios, de todas las cosas que creaba para provecho del hombre; y mucho menos el sacrificio de sangre humana, de que hasta la misma naturaleza se horrorizaba. Con estas sabias disposiciones, este príncipe gobernó felizmente, viendo como fruto de sus trabajos, la paz y el regocijo general en sus súbditos.

El año de 1380 murió Paintzin rey de Xaltocan y señor de los otomites, á quien sucedió un hermano suyo y señor de Meztitlan, llamado Tzompantzin: éste era un hombre necio, que menospreciando el interes general, se entregó á una vida licenciosa y desenfrenada, para lo cual se valia de su nueva dignidad, cuya importancia moral no comprendia. Como no hay cosa mas eficaz que el ejemplo, apenas los vasallos advirtieron el desorden en que vivia su nuevo señor, cuando se entregaron tambien por su parte, á los vicios, especialmente al hurto: este no lo ejecutaban en sus mismos lugares, sino que cubiertos con la sombra de la noche, iban á cometerlo en los pueblos y ciudades de sus vecinos, lo cual no pocas veces ocasionaba riñas y pleitos; y aunque los príncipes de los estados vecinos, pusieron sus quejas ante el nuevo rey, este, adormecido en sus placeres, nada hizo para reprimir á los culpables. De esta suerte, aquel desgraciado pueblo con su señor á la cabeza, corria precipitadamente por la senda del vicio, donde en medio de las flores de los placeres, debian encontrar el abismo de su ruina.

Los desórdenes de este pueblo y la impunidad con que el rey los veia, hicieron concebir á Tetzotzomoc, prínci-

pe astuto y tan ambicioso como su padre, el designio de formar una alianza con otros pueblos, para castigar los abusos de los otomites y la criminal inaccion de su rey, repartiéndose el territorio entre los señores, miembros de la liga. Para ello convidó al emperador y á los reyes de México y Tlaltelolco, quienes convinieron tanto en llevar la guerra, como en que esto fuera sin darles aviso para que la destruccion de sus contrarios fuera mas segura. Llegado el dia que se acordó para llevar la desolacion á los otomites, los reyes de Azcapozalco, México y Tlaltelolco, atacaron por el Poniente, asolando cuanto encontraban á su paso hasta las fronteras del reino; y así siguieron esparciendo la muerte sin distinguir sexos ni edades. Tzompantzin, aunque no estaba preparado, cuando supo lo que pasaba ya en el centro de sus estados, improvisó un ejército y con él hizo frente á Tetzotzomoc, disputándole el paso á media legua de su ciudad y sosteniendo un combate en que por una y otra parte murieron innumerables soldados; mas como los otomites eran inferiores en número y no creyeron poder resistir mas, huyeron con su rey. Este sabia que el emperador Techotlalatzin venia con su ejército por la parte que confinaban los estados de Xaltocan con Tezcoco, y le mandó luego una embajada para hacerle saber como nunca habia faltado á sus obligaciones para con él, ni era responsable de los crímenes de sus vasallos que habia procurado reprimir, aunque el castigo ni fué oportuno ni bastante. El emperador que vió el arrepentimiento de este criminal y el terror de que estaba poseido todo el pueblo, mandó suspender el furor de las armas; pero no quiso conceder á Tzompantzin mas gracias, que dejarle su antiguo señorío de Meztitlan, sin que jamas pudiera volver á Xaltocan en cualquier tiempo, ni pretender derecho alguno á la corona.

Tzompan vió segura la ruina de su reino y se tuvo por

muy feliz, salvando su persona del castigo que sus desórdenes le habían merecido y conservar el señorío de Meztitlan, al cual se retiró luego, con algunas familias que quisieron seguirlo. El ejército de Tetzotzomoc, embriagado con la victoria y ansioso de recoger algun botin, entró á saco á la ciudad de Xaltocan, cuyos habitantes aterrorizados de los estragos, huyeron mas bien á los ejércitos del emperador, en cuya clemencia confiaban. Techotlala, impulsado de sus sentimientos humanitarios, acogió benignamente al pueblo, llevándolo consigo para establecerlo en terrenos inmediatos á su corte, designándoles por señor á un caballero llamado Quauhquetzal. Despues este pueblo se fué estendiendo, y de él salieron los fundadores de la ciudad de Otompan hoy Otumba, que mas tarde figuró de una manera muy importante.

En cuanto al territorio del reino, se dispuso luego su division: la capital con sus tierras limítrofes á Tezcoco, quedó agregada á los estados del imperio; y el resto fué dividido entre los reyes de Azcapozalco, Tlalteloleo y México. ¡Incomprensible encadenamiento de los sucesos humanos! Una de las mas antiguas monarquías del territorio, cuya familia reinante se halló mas íntimamente ligada á la corona imperial, por el enlace de su primer rey con la segunda hija del emperador, (1) y adornada con los laureles de gloria recogidos en los campos de Huejotla, Patlachihuacan, Mizquie y Poyauhtlan, desaparece: y sus despojos vienen á enriquecer al último pueblo venido al valle del Anahuac. Aquella por los exesos de un rey corrompido, ve mancilladas sus proezas, rotos sus títulos de grandeza y repartidos sus dominios por derecho de conquista, entre los pueblos

1 Veytia hist. antig. tom. 2º cap. 21.

vengadores de sus crímenes; y éste con un heroico sufrimiento para sobrepujar á casi dos siglos de infortunios, echa sus primeras raices en las ruinas de una monarquía que pasa: elevándose luego sobre aquel pedestal á tanta altura, que pronto debe ser el pueblo rey; para ver mas tarde á otro pueblo extraño, romper el cetro de su poder, abatir á sus poderosos señores y enriquecerse con sus tesoros.

CAPITULO XIX:

Guerra de Tlaxcallan y establecimiento de aquella república.

Ya hemos dicho antes, que de la tierra de Aztlan, salieron siete cuadrillas de gente, que se dividieron en el lugar *Chistomoztoc*, siguiendo adelante seis, y quedando allí una, de la cual tambien por su division, salieron los dos pueblos, mexicano y teochichimeca. Estos últimos separados de los mexicanos, llegaron á Tezcoco, y el emperador Tloltzin Pochotl les concedió tierras para establecerse, en las llanuras de Poyauhtlan; pero habiéndoles movido allí una guerra los pueblos inmediatos, que creyeron recibir perjuicio de aquella vecindad, los obligaron á retirarse por las faldas del volcan de Popocatepelt ó sierra nevada; y fundaron sus poblaciones en el valle de Atlixco, de donde se fueron estendiendo hasta la sierra de Matlalcu'eye. Allí hallaron en un alto repecho de ella, la ciudad fundada por los ulmecas y xicalancas, con el nombre de Tepectipac: entraron en guerra con los antiguos moradores de aquellos lugares, que en busca del reposo se retiraron, dejando la tierra á los teochichimecas, quienes poblaron la ciudad y cultivaron el terre-